

Precedentes históricos de la educación infantil: de la antigüedad hasta Roma

M^a Pilar de Vicente Villena
Universidad de Murcia

Fecha de aceptación de originales: Noviembre de 2001

RESUMEN: En la Antigüedad, los niños eran tratados como seres inferiores a los que estaba permitido dar muerte, vender, mutilar y maltratar, sin ninguna traba. La familia era el lugar donde los niños se educaban hasta la entrada en la escuela primaria. En la sociedad griega, eran las nodrizas las que tenían a su cargo a los niños. Mientras que, en la sociedad romana eran las propias madres las que desempeñaban dicha tarea. Algunos pensadores griegos como Platón y Aristóteles en el periodo clásico; Plutarco, en la edad helenística, y Quintiliano en Roma, ofrecen algunos consejos para guiar la crianza y la educación de los niños de edades tempranas.

ABSTRACT: In Antiquity children were regarded as inferior beings, whom it was permitted to kill, to send, to maim, and to maltreat without any limit. The family was the place where children were brought up till such time as they were ripe to enter primary school. In Greek society, step-mothers and nurses took care of infants; whereas in Roman society the mother herself was required to perform such tasks. Greek thinkers such as Plato and Aristotle in the classical period; Plutarch in the Hellenistic Age; and Quintilian in Rome—all of them gave some advice in order to direct the upbringing and early schooling of children in their youngest days.

PALABRAS CLAVE: infancia, educación, Grecia, Roma.
KEY WORDS: childhood, education, Greek, Rome.

1. INTRODUCCIÓN

Una existencia dominada por la crueldad y la barbarie constituye lo que significaba ser niño en la Antigüedad. En la obra “Historia de la infancia” de Lloyd De Mause,

el autor analiza todas las vicisitudes que rodeaban a los pequeños, y que en esta introducción van a ser comentadas someramente.

La práctica del infanticidio estaba muy generalizada en esta época y, por supuesto, era aceptada sin reparos. A los niños se les arrojaba a los ríos o se les abandonaba en cerros y caminos. Las principales víctimas eran, sin duda, los niños nacidos con alguna malformación y las niñas en general; razón por la cual, en Occidente, existía un fuerte desequilibrio en la población, con una mayor presencia de varones sobre hembras hasta bien entrada la Edad Media.

A lo largo de la Antigüedad, mediante los exorcismos, purificaciones y amuletos diversos, se trataba de ahuyentar a todas las fuerzas maléficas que, según las creencias de los propios adultos, rodeaban a los niños. Por ejemplo, la utilización de agua fría, sangre, fuego, vino, sal, orina, etc., constituía algunas maneras de proteger de los malos espíritus a los más pequeños, quienes eran expuestos a determinadas prácticas según rezaba la tradición local.

El sacrificio de niños a los dioses estaba presente en diferentes sociedades. De hecho, era practicado por los celtas de Irlanda, los galos, los escandinavos, los egipcios, los fenicios, los moabitas, y los ammonitas. Estos sacrificios se llevaban a cabo mediante degollamientos, emparedamientos en muros, o enterramientos bajo edificios o puentes, con la creencia de conseguir, de ese modo, reforzar su estructura.

Otras usanzas destinadas, por desgracia, a muchos infantes, consistían en la mutilación de algún miembro para suscitar así pena o jactancia. Se utilizaba esta medida, sobre todo, para ejercer la mendicidad. Junto a esto, los niños eran quemados, congelados, y arrojados violentamente; por ejemplo, los hunos acostumbraban a cortar las mejillas de los varones recién nacidos. También los germanos, los escitas, los celtas y los espartanos recurrían con frecuencia a la inmersión de los bebés en los ríos y en agua helada para, de ese modo, endurecer sus pequeños cuerpos.

La venta de niños era la forma de abandono más antigua y extendida. En la época babilónica era lícito que los padres comerciaran con sus vástagos; aunque, de manera ocasional, también ocurría esto en muchas otras naciones hasta bien entrada la época moderna. De la misma forma, los niños eran utilizados como rehenes en cuestiones políticas, o como mercancía por acumulación de deudas. En fin, muchos pequeños eran entregados a otras personas por sus propios padres, que hallaban toda clase de justificaciones para avalar tal decisión.

Otro aspecto notable, un poco más alejado de todo lo comentado con anterioridad, se refiere a lo concerniente a la crianza de los niños. Es consabido que en todas las épocas se les administraba a los pequeños bebidas alcohólicas y opio con el fin de tranquilizarles. Otra práctica muy generalizada era la de sujetar sus diminutos cuerpos con todo tipo de trabas; se justificaba tal acción por la creencia de que los bebés se sacarían los ojos, se arrancarían las orejas, se les deformarían los huesos y, todavía

mucho peor, se arrastrarían como los animales andando a cuatro patas. La envoltura era interminable, se podía tardar hasta dos horas para vestirle; una vez completamente fajado se le colocaba en cualquier parte para que no estorbara. Tras esta etapa, a los niños se les enseñaba a utilizar los andadores, ya que se trataba de evitar el gateo a toda costa.

La vida de los niños estaba unida, por otro lado, a los malos tratos (castigos corporales sobre todo) y a los abusos sexuales. Los adultos no desarrollaban ningún tipo de compasión hacia los pequeños, considerados como seres inferiores. Éstos se veían continuamente castigados, humillados y vejados, hasta cumplirse el tiempo en que se convertirían en adultos (los que sobrevivían), y, por consiguiente, en sujetos dotados del poder de atormentar a sus propios descendientes.

2. GRECIA

En la sociedad espartana, el niño era considerado como un futuro soldado; por consiguiente, la disciplina constituía el modo en que era tratado, desde el propio nacimiento. Cuando se producía el alumbramiento, el bebé era examinado por varias personas para detectar posibles anomalías; por supuesto, en el caso de hallarlas, el niño era arrojado por la ladera del monte Taigeto. Si, por el contrario, superaba dicha prueba, quedaba al cuidado de la madre hasta los seis años. Aunque, en el transcurso de este período de tiempo, al pequeño se le inculcaban unas determinadas pautas de comportamiento para, de ese modo, conseguir moldear la incipiente conducta infantil (Sarramona y Fernández, 1983).

La Ley contemplaba la posibilidad de abandonar a los niños. Sin lugar a dudas estaba, por completo, justificado este hecho, en el caso de la aparición de malformaciones físicas. Aunque, otros motivos eran considerados lícitos para el repudio de los recién nacidos; entre otros se pueden mencionar: las dudas sobre la paternidad del infante, la escasez de recursos económicos, o simplemente, haber nacido de una madre soltera. Con referencia a este asunto, se pueden encontrar, dentro de la propia mitología griega, ciertos personajes célebres que fueron expósitos. Son conocidos los ejemplos de Zeus en Creta, Poseidón en Mantinea, Edipo en Anfión, y Perseo en Argos, entre otros (De Mause, 1991).

La educación, en Esparta, iba encaminada a establecer un ejército que defendiera la patria. Por lo tanto, la disciplina y el desarrollo del cuerpo, fundamentalmente, a través de ejercicios gimnásticos, de argucia, de marcha, y las danzas bélicas, suponían el pilar de la formación de todo ciudadano (López Eire, 1980). En realidad, toda esa concepción de lo que debe ser un buen espartano, se parece más a un adiestramiento, tomado en el sentido más riguroso del término, que a los supuestos contenidos de una enseñanza integral de la persona.

Platón (428 a.C.-347 a.C.) proyecta una ciudad ideal en su diálogo “Las Leyes”, que debía contener a lo sumo 5040 habitantes. El filósofo griego defiende la selección de los niños para conseguir, de este modo, a los ciudadanos mejor dotados. También, en su obra “La República”, se pueden encontrar ejemplos que acreditan la idea de escoger a aquellos individuos que posean mayores virtudes. He aquí dos párrafos ilustrativos de “La República”:

Es necesario que los mejores hombres se unan sexualmente a las mejores mujeres la mayor parte de las veces; y lo contrario, los más malos con las más malas; y hay que criar a los hijos de los primeros, no a los de los segundos, si el rebaño ha de ser sobresaliente. Y siempre que suceden estas cosas permanecerán ocultas a los gobernantes mismos. (Platón, Libro V, 458d). En cuanto a los peores, y a cualesquiera de los otros que nazca defectuoso, serán escondidos en un lugar no mencionado ni manifiesto, como corresponde (Platón, Libro V, 458c).

Algunas consideraciones, que el propio Platón sostiene acerca de los recién nacidos, son, entre otras, la conveniencia de separar a las madres de sus hijos para que éstas no puedan reconocerlos. También, indica la edad más idónea para la procreación: en las mujeres se sitúa de los 20 a los 40 años; en el caso de los hombres, se puede aumentar hasta los 55 años de edad.

Platón, en su último diálogo “Las Leyes”, expresa de forma concreta la idea que propugna de la educación. Así, sostiene que ésta “se propone infundir la máxima belleza y excelencia posible a los cuerpos y a las almas” (788c). Esta definición se desarrolla en unos pasajes posteriores:

Llamo educación a la virtud que se da primeramente en los niños: cuando el placer y el amor, el dolor y el odio se producen rectamente en sus almas sin que puedan aún razonar sobre ellos, y cuando, alcanzado ya a razonar, todo eso se armoniza con su raciocinio en reconocer la rectitud de las costumbres creadas por el hábito conveniente, esa armonía es la virtud completa. En cambio la parte de ésta rectamente ejercitada en lo que deben odiar y aman en lo que deben amar, es lo que, separado por el concepto, designaríamos en mi opinión dándole el nombre de educación. (Platón, Las Leyes, 653b-653c).

Se pueden encontrar en esta obra diferentes comentarios acerca de la educación dirigida a los niños de tres a seis años. Para Platón, se ha de evitar la indulgencia exagerada; aunque, de la misma manera, la excesiva represión puede provocar niños demasiado sumisos. No resulta conveniente provocar miedos o penas en estos niños, ni acostumarlos a experimentar constantes placeres. Señala, del mismo modo, la práctica del juego como un eficaz medio de aprendizaje a estas edades; los juegos han de realizarse delante de la nodriza hasta que, cumplidos los seis años, los varones se separarán de las hembras, y los primeros se educarán en el arte de la guerra y la música. Con respecto al juego, a continuación se muestran dos fragmentos que apostillan la necesidad y conveniencia de éste:

Pero para el carácter de un alma de tres o de cuatro o de cinco o aún de seis años, son ya necesarios los juegos, y entonces hay que apartarlos de la molicie castigándoles, pero sin humillarlos... (XLVII, 793 e).

Deben, pues, reunirse todos los niños que tengan ya esa edad, desde los tres a los seis años, en los santuarios de las distintas aldeas, juntos en el mismo lugar los habitantes de cada una de ellas; y además, unas nodrizas que vigilen el comportamiento decoroso o desordenado de los tales (XLVII, 794 a).

Aristóteles (384 a.C.-322 a.C), en su obra “La Política”, también se refiere al trato de los niños pequeños (XVII, 1336 a). Para él, hasta los cinco años, los niños deberán permanecer en el hogar, alimentados principalmente de leche. Con respecto a la movilidad del cuerpo, defiende una sujeción parcial de las extremidades, además de una progresiva habituación al frío. Al igual que Platón, a estos niños no les debe faltar el juego para evitar la pereza del cuerpo y la realización de ensayos de las diferentes habilidades que, más tarde, habrán de ejercitar con soltura.

Aristóteles sostiene que, a partir de los cinco años y hasta los siete, los niños han de recibir sus primeras lecciones. En este momento, aparece la figura del *paidónomo* o magistrado de la educación. Entre otros cometidos, éste procurará que los niños no se relacionen con los esclavos, para que, de este modo, no puedan adquirir la dicción ruda y el vocabulario, a veces, poco apropiado de éstos.

A continuación, nos vamos a detener en la otra ciudad cumbre de Grecia: Atenas. Allí, se realizaba un rito, tras la aceptación del recién nacido, que consistía en colocar sobre la puerta de la casa natal una corona de olivo si era varón, o de lana si era hembra. Al cumplirse los cinco días, se celebraban las *Anfidromias*, unas fiestas que conllevaban la imposición del nombre, y la costumbre de dar una vuelta en torno al hogar. Transcurridos diez días, se celebraba otro festejo en el que participaban los familiares del matrimonio y sus amistades. De la misma manera, en la celebración de las *Apaturias*, el padre presentaba a su hijo ante los *phráteres* y lo registraba en la *phratria* (institución tradicional que cumplía la función de una hermandad extensa más allá de los vínculos de la sangre). Por último, los niños mayores de tres años participaban en las *Antesterias* (apelación debida a que dichas fiestas se ubicaban en el mes de Antesterión); los menores salían en cuadrillas por las calles, e iban adornados con flores que, posteriormente, depositaban en el altar de Eurisaces, hijo de Ajax (López Eire, 1980).

Los niños, hasta los siete años, estaban al cuidado de las nodrizas en su propio hogar. Estas mujeres constituían, por tanto, las primeras personas con las que el niño comenzaba a adquirir los incipientes hábitos de comportamiento. No es extraño, pues, que el estoico Crisipo considerara de suma importancia la elección de las nodrizas; ya que, precisamente, en estas edades se produce la adquisición del lenguaje por parte del niño. Mientras éste era casi un bebé, el contacto con el mundo lo realizaba a través de sus juguetes: figuras de arcilla, cáscaras de fruta, canicas, tabas, etc. Pero, posterior-

mente, es a través de la nodriza con sus canciones de cuna, sus adivinanzas y sus acertijos, como el niño se iniciaba en la cultura popular; mas no se pueden obviar a los cuentos, las fábulas e historias de magos, mitos y aventuras de dioses y héroes, como se producía un acercamiento a la maravillosa literatura griega (López Eire, 1980).

La época helenística nos ocupa a continuación. Se considera a la que transcurre desde la muerte de Aristóteles (322 a.C) hasta el año 529, fecha en que el Imperio suprime las escuelas paganas (Galino, 1968).

Marrou (1976) expone los ciclos en que se fraccionaba la educación helenística, que comprendía de los siete a los veinte años aproximadamente. Para ello, se suele utilizar la división que Hipócrates estipuló, desde un punto de vista médico, de la vida humana. La educación clásica abarcaba las tres primeras etapas: *paidon* o “párvulo” (menor de siete años), *pais* o “niño” (de los siete a los catorce años), y *meirakion* o “adolescente” (de los catorce a los veintiún años). La primera etapa no se consideraba como verdadera *paideia* (educación) en sentido estricto, debido a que el “párvulo” permanecía en el seno familiar.

Sin embargo, en esta época, encontramos a Plutarco (125 a.C-50 a.C), quien anteponer al mismo nacimiento la formación del hombre. Es decir, señala que el origen de los progenitores ya influye en el carácter del infante, como a continuación expresa el siguiente párrafo:

Lo mejor es, quizá, comenzar primero por el nacimiento. En efecto, a los que desean ser padres de hijos ilustres yo, al menos, les aconsejaría que no se casen con mujeres de baja condición, quiero decir con mujeres tales como cortesanas o las concubinas; pues a aquellos que, de parte de madre o de padre, en su nacimiento, tienen alguna mancha, les acompaña indeleblemente durante toda la vida la vergüenza de su bajo origen y son fácil presa de los que quieren despreciarlos y vituperarlos (Plutarco, 1992:47).

Plutarco (1992) aconseja el amamantamiento del recién nacido por parte de su propia madre para, así, afianzar los lazos de unión con ella. En el caso de no resultar posible, se ha de buscar una nodriza griega para ofrecer, desde el principio, al niño un adecuado ejemplo.

La educación es lo más importante para el hombre, según Plutarco, ya que “conduce a la virtud y a la felicidad”. Por consiguiente, la elección del pedagogo ha de ser una tarea para la que no se debe escatimar en celo ni en economía. El equilibrio entre el castigo y la recompensa se convierte en un recurso didáctico recomendado a dicho pedagogo.

Resumiendo, pues, digo (y podría parecer con razón que estoy pronunciando oráculos más que dando consejos) que en estos casos el único punto capital, primero, medio y último, es una buena educación y una instrucción apropiada, y afirmo que estas cosas son las que conducen y cooperan a la virtud y a la felicidad (Plutarco, 1992:57).

2. ROMA

En Roma, los niños quedaban al nacer bajo la autoridad del *paterfamilias*. La vida del neonato dependía del reconocimiento paterno, realizado en una ceremonia en la que el padre recogía al niño, previamente depositado en la tierra. Tras realizar dicha acción, se procedía a embellecer la puerta principal de la casa, y a alejar todo tipo de maleficios, mediante una serie de ritos y usanzas tradicionales, que pudieran afectar de alguna manera al niño (López Eire, 1980).

La familia es el pilar sobre el que se sostiene la antigua educación romana. La máxima autoridad, como anteriormente se ha comentado, es la ejercida por la figura paterna; aunque, la madre romana también es objeto de una gran consideración, ya que ella misma es la que educa a sus hijos. Las diferencias, en este sentido, con la concepción que en Grecia se tiene acerca de la crianza de los hijos, son muy significativas: en esta sociedad, no se confía el cuidado de los hijos a esclavos y sirvientes. Sin embargo, si una madre no se bastaba para desempeñar la función educadora atribuida por costumbre, entonces escogía con mucho celo a una institutriz para que le ayudase. Ésta, por lo general, era una mujer de mediana edad y con un carácter severo, dispuesta a imponer unas pautas de comportamiento rectas y, sobre todo, basadas en la moral (Marrou, 1985).

Desde muy temprana edad, los niños disfrutaban en su hogar con unos juguetes. Entre ellos, se puede citar a la *crepundia*, utilizada hacia los seis meses, y que consistía en una cuerda en la que colgaban diversos objetos. Más tarde, hacia los dieciocho meses, los pequeños jugaban con una especie de sonajero, denominado *sistrum* o *crepitaculum*, que estaba realizado de metal o de barro, en cuyo interior se depositaban algunas semillas para provocar sonidos con su agitación. Las muñecas no simbolizaban a niños pequeños, sino a chicas en edad de casarse, por ello se convertían en un juguete habitual en edades más tardías (López Eire, 1980).

Bonner (1984), en su "Historia de la Antigua Roma", señala que en las familias romanas, a menudo, no todos los niños eran libres. También, se encontraban allí los hijos de los esclavos. A este tipo de asociación familiar se le denominaba como *contubernium*. De ese modo, se realizaba una distinción entre los *infantes domini*, es decir, los hijos del señor; y los *verna* o *vernula*, o hijos procedentes de los esclavos.

Según De Mause (1991), en esta época, el sacrificio de niños a los dioses se practicaba todavía con frecuencia; si bien, los romanos trataron de suprimirlo. De hecho, en los dos siglos posteriores a la época de Augusto, debido a que la población descendía vertiginosamente, se ofrecía a los progenitores una paga para que mantuvieran a sus hijos con vida.

En la época romana resultó muy complejo traspasar la educación de la propia vivienda a las escuelas, porque entre cada una de las denominadas "grandes familias", se manifestaba una actitud distintiva ante la propia existencia; y, por lo tanto, una forma

particular de entender la educación. A pesar de esto, la influencia griega se fue acrecentando, y se acabó por imponer el tipo de instituciones educativas existentes en la propia Grecia (Marrou, 1985).

Una figura importante de esta época, para el tema que nos ocupa, es Marco Fabio Quintiliano (35-96), nacido en Calahorra, desde donde se traslada a Roma para estudiar con el gramático Remmio Palemón y con Dominio Afro. Allí ejerce como abogado y profesor, adquiriendo una fama notable; de hecho, obtuvo la máxima distinción que era la de cónsul. Empezó a escribir, en el año 88, su "Institutio Oratoria", un tratado de educación compuesto por doce libros, donde desarrolla las técnicas más eficaces para dominar el arte de la oratoria: el fin de la educación romana (García Garrido, 1986).

Quintiliano expresa que la educación se inicia antes del acceso a la escuela primaria. Por ello, desaprueba la relación de los niños con sus esclavos y sirvientes, pues los aprendizajes adquiridos, con seguridad, dificultará, la enseñanza posterior. Para él, la mente comienza a formarse durante los tres primeros años de vida. Fue un defensor de la escuela pública, porque mantenía que un buen maestro es capaz de enseñar muy bien a varios alumnos a la vez, mientras que un mediocre pedagogo nunca podrá iluminar mejor la mente de un solo niño. Este preceptor ha de escoger el método adecuado según el tipo de alumno que reciba en sus clases, es decir, se ha de emplear un método personalizado. Aconseja, de la misma manera, la alternancia entre estudio y juego durante los primeros años de aprendizaje. Es imprescindible, pues, en la etapa inicial de formación, no abarcar un gran número de conocimientos, sino asentar todos los contenidos, aunque sean pocos, aprendidos en el día (Escolano Benito, 1984).

En Roma, al igual que en cualquier nación de lengua griega, existían los tres niveles de enseñanza, que se corresponden con los tres tipos de escuelas establecidas: a los siete años el niño ingresa en la escuela primaria; hacia los once o doce años se dirige a la escuela del *grammaticus*, donde recibe la toga viril; y, posteriormente, llega a la escuela del retórico, en la que finaliza sus estudios hacia los veinte años (Marrou, 1985). Lo que precede, como se ha visto, a este sistema de enseñanza, es la educación dentro de la propia familia, constituyendo la madre el principal agente educador. La figura paterna queda ligada al varón, naturalmente; aunque, poco a poco, la influencia de la cultura griega traerá a Roma sus instituciones escolares, con lo que pronto se consolidará un sistema educativo por completo estructurado, y que sustituirá a la tradicional educación familiar romana.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. (1994). *La Política*. (Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, trad.). (3^a reimpresión). Madrid: Alianza.
- BONNER, S. F. (1984). *La educación en la Roma Antigua*. (José M^a Domenech Parde,

- trad.). Barcelona: Herder.
- BOVVEN, J. (1976). *Historia de la educación Occidental. Tomo I: El mundo antiguo*. (Juan Estruch, trad.). Barcelona: Herder.
- CAPITÁN DÍAZ, A. (1984). *Historia del pensamiento pedagógico en Europa*. Madrid: Dykinson.
- DE MAUSE, LL. (1991). *Historia de la infancia*. (M^a Dolores López Martínez, trad.). Madrid: Alianza.
- ESCOLANO BENITO, A. (1980). "Aproximación histórico-pedagógica a las concepciones de la infancia". *Studia Pedagogica. Revista de Ciencias de la Educación*. Nº 6. Julio-Diciembre. (pp. 5-16). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- ESCOLANO BENITO, A. (1984). *Historia de la Educación I y II*. Madrid: Anaya.
- FERNÁNDEZ-SARRAMONA (1983). *La educación. Constantes y problemática actual*. Barcelona: CEAC.
- GALINO, M^a A. (1968). *Historia de la Educación. Edades Antigua y Media*. 2^a ed. Madrid: Gredos.
- GARCÍA GARRIDO, J. L. (1986). "Trayectoria histórica de la educación preescolar". *Enciclopedia de la Educación Preescolar*. (Tomo I). (pp 47-58). Madrid: Santillana.
- GUTIÉRREZ ZULUAGA, I. (1968). *Historia de la Educación*. Madrid: Iter.
- LÓPEZ EIRE, A. (1980). "El niño en la Antigüedad Clásica". *Studia Pedagogica. Revista de Ciencias de la Educación*. Nº 6. Julio-Diciembre. (pp. 17-38). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- LLOPIS, J. (1969). *Historia de la Educación*. Barcelona: Jesús Llopis.
- MARROU, H. I. (1985). *Historia de la educación en la antigüedad*. (Yago Barja de Quiroga, trad.). Madrid: Akal.
- PLATÓN (1960). *Las Leyes* (José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, trad.). Tomos I y II. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- PLATÓN (1986). *La República*. (Conrado Eggers Lan, trad.) (Col. Diálogos IV). Madrid: Gredos.
- PLUTARCO (1992). *Obras morales y de costumbres*. (Concepción Morales Otal y José García López, trad.). Tomo I. Madrid: Gredos.